

Transmutación

Isaac Álvarez Félix



PRIMERA EDICIÓN: octubre 2025

© DEL TEXTO: Isaac Álvarez Félix, 2025

© DEL PRÓLOGO: Pablo Peña, 2025

© DE LA EDICIÓN: Macleín y Parker, 2025

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

EDICIÓN Y CORRECCIÓN: Macleín y Parker

DISEÑO COLECCIÓN Y MAQUETACIÓN: Antonio Abad (Macleín y Parker)

IMPRESIÓN: Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-129077-5-9

DEPÓSITO LEGAL: SE-1905-2025



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Prólogo

Pablo Peña

Conocí a Isaac después de un concierto de Pony Bravo, uno de mis grupos. Me abordó y, casi a bocajarro, me invitó a escribir este prólogo. Una conversación breve y al grano. Amable pero directo. Sin florituras, sin chorradas. Cuando acabas de dar un concierto, el nivel de adrenalina aún está bajando y todo se vive con más intensidad y extrañeza. A veces cuesta prestar atención a lo que ocurre alrededor: atender a las personas que se acercan a hablarte, recoger los instrumentos, volver a la vida real... Por eso es de agradecer que alguien que quiere hacerte una propuesta de este tipo lo haga así, sin rodeos.

Toco varios instrumentos, pero mi preferido, muy por encima de los demás es el bajo eléctrico. En el bajo se condensa y sintetiza todo lo que sostiene una canción. Cuando compongo una línea de bajo, suelo seguir un proceso que empieza con algo sencillo, con un estándar que simplemente acompañe la canción. Una vez que lo tengo, comienza un juego que consiste en desbaratar lo hecho. Muevo notas de sitio, desencajándolas del ritmo; dejo de tocar otras creando huecos, casi como tropiezos... hasta que encuentro algo que me resulte lo suficientemente extraño pero familiar al mismo tiempo.

Leer a Isaac es ese ritmo de bajo que tropieza, con saltos inesperados y caídas al vacío. Sus palabras se

adecúan a una música, su poesía es una partitura. Él mismo me confesó que para escribir este libro escuchaba una y otra vez de forma compulsiva el disco *Geogaddi*, de Boards of Canada, no solo con la intención de abstraerse y conseguir un mismo espíritu en toda la obra, sino también esperando que los poemas se contagiaran de música y ritmo. Justo de la misma manera que lo hicieron Kerouac, Ginsberg o Burroughs, aquella Generación Beat que escribía con discos de jazz sonando de fondo, en especial de *bebop*, un estilo marcado por síncopas, improvisaciones, acordes alterados y fraseos asimétricos, donde todo se arma sobre una melodía principal a la que se entra y de la que se sale de forma casi caótica. En la escritura de Isaac parece que las palabras surgieran sin filtro, sin freno, pero siempre deslizándose sobre la misma pista, sobre el mismo surco. Da la impresión de que el texto nace improvisado, saltando de una piedra a otra para cruzar el río, haciendo equilibrios y a punto de hacernos caer en todo momento.

Cuando leo la poesía de Isaac siento que está tocando el bajo. Lo toca con púa, punzante, con golpes rápidos y paradas secas, pero siguiendo un ritmo constante en el que los silencios suenan fuertes. Frases largas y, a veces, notas fuera de sitio con una intención demoledora. Disonancias. Distorsiones fruto de arañar las cuerdas y tirar de ellas hasta el límite de la rotura. Pero siempre hacia adelante, sin pausa y sin respiro. Como agua sucia que corre bajo el bordillo hacia la alcantarilla un día de tormenta. Nuestra

vida pasando por delante de los ojos justo antes de estrellarnos contra el poste de la luz en la autopista. Un *scroll* infinito en nuestra pantalla que parece pasar de una imagen a otra, pero todas pertenecientes, en definitiva, al mundo que nos rodea. Un vómito incontenible en la piscina de esa fiesta a la que no fuimos invitados, en la que nos colamos borrachos sin que nadie se percatara aunque llevásemos las ropas rotas y la cara ensangrentada, de la que nadie tuvo el valor de echarnos y en la que aprovechamos al salir para mearnos en el barreño de la sangría.

Es curioso, porque Isaac me dijo que Pony Bravo es uno de sus grupos favoritos y, sin embargo, yo encuentro más relación entre su escritura y otro de mis proyectos, Fiera. Las letras de Fiera son muchas veces un retrato de ese personaje dentro de nuestra cabeza con el que todos convivimos y que no llegamos a conocer del todo, y con el que mantenemos conversaciones circulares y en espiral hacia el centro de nuestro ser, bajando hacia el lugar más oscuro y profundo de nosotros mismos.

Leyendo los poemas de *Transmutación* siento que asisto al desesperado escarbar de alguien buscando entre sus tripas su propia esencia y la de todos a la vez. No hay picos, no hay palas, solo manos desnudas, casi sin uñas, sacando mierda y barro de un hoyo infinito.

Transmutación

A mi abuelo, porque él tiene la culpa

Siempre soy yo mi guerra.

ROBE INIESTA

algo se ha generado

algo ha sido borrado
para siempre

(ya nada duele).

MARÍA RAMOS

esta noche
de ratones y egagrópilas de huesos
sin hacer y de caimanes esta noche
que acecha en el pecho y donde aún
no tenemos nombre ni hambre ni labios
de cadmio ni pestañas esta noche
volveré al agujero que escarbé en la piedra
con las manos desnudas a buscar
el deshielo metálico que me ayude
a malvivir

esta noche
como cada noche
volverá mi carne a ser fantasma y a dudar
del vuelo del mirlo del sol
de poniente de los niños de la sangre
que brota del suelo de la concha
amarilla y del rastrojo a dudar
de mis latidos y de su música de tambores

esta noche el sacrificio renacerá eterno y volveré
como un uróboro
a mordirme la cola en un círculo infinito

así sea

Ahora que todo marcha bien

un cambio de ritmo un salto
entre canciones una voz
que interrumpe el discurso
de un río desbocado y la senda

de una vida son símbolos
tan claros como innecesarios

son el negro y el hambre
los estómagos de vaca y el nombre
en las chaquetas de los niños el timbre
del recreo la piedra el herrumbre
mezclado en la leche materna
símbolos
de la catástrofe más irremediable
que cualquier dios pueda inventarse

una tarde de juegos
donde la marabunta espera su turno

y donde el tiempo aún
no tiene forma ni babas
de sangre ni esperma ni miedo entonces
aparece la culpa
como símbolo definitivo del fracaso

porque la culpa es una forma fácil
de darle sentido al caos